

DESCONOCIMIENTO Y DESUSO DEL LÉXICO  
EN EL ESPAÑOL DE ARRECIFE (LANZAROTE).  
EUFEMISMOS Y DISFEMISMOS

ZEBENSUY RODRÍGUEZ ÁLVAREZ

## 1. INTRODUCCIÓN

Los trabajos realizados a partir de los años sesenta en el ámbito de la lingüística menos idealista han permitido dar cuenta de la importancia de las funciones de tipo social y cultural de la lengua, poniéndose de manifiesto en qué medida las unidades del lenguaje se integran en torno a un doble código: el lingüístico (referido a la organización referencial del lenguaje) y el social (regulador de los intercambios entre los individuos). Ahora bien, no existe en la actualidad un modelo de análisis unánimemente aceptado por la comunidad científica, sino que, más bien, los estudiosos de la materia lingüística se disgregan entre múltiples disciplinas, siendo difícil, en ocasiones, trazar fronteras delimitadoras entre ellas. En cualquier caso, como señala Figueroa (1994), es posible identificar dos paradigmas bien diferenciados: el formal y el funcional. Al primero de ellos pertenecen los modelos que han preponderado a lo largo de todo el siglo XX, esto es el Estructuralismo y el Generativismo, mientras que al segundo se adscriben todas aquellas disciplinas preocupadas por la interrelación entre forma y función y, consecuentemente, por el papel de los elementos no sólo inmanentes de la lengua: Sociolingüística, Sociología del lenguaje, Etnografía del habla, Análisis del discurso, Pragmática, Lingüística cultural... En el siguiente cuadro se resumen brevemente algunas de las características diferenciales de ambos paradigmas.

	Lingüística formal	Lingüística funcional
Lugar del lenguaje	El cerebro	La sociedad
Adquisición lingüística	De manera innata	Mediante la interacción social
Factores comunicativos	Ausentes. La función principal de la lengua es el pensamiento	Presentes. La lengua es ante todo comunicación
Alcance de la gramaticalidad	<i>Langue y competence</i>	Inviabilidad de las distinciones <i>langue/parole</i> y <i>competence/performance</i>
Concepción de la comunidad de habla	Homogénea. Existe una única competencia para cada comunidad	Diferencias en las gramáticas de los individuos según la adscripción a grupos sociales
Importancia de los factores psicológicos	Ninguna. Se consideran aleatorios	Determinan la actividad lingüística
Atención a las pautas sociohistóricas de la comunidad	Innecesaria	Puede explicar conductas lingüísticas
Relación forma-función	La forma es anterior al uso	Interrelación de forma y función

En cualquier caso, conviene destacar que lo que con mayor consistencia permite diferenciar a ambos paradigmas es la importancia otorgada a los llamados «factores externos» del lenguaje, pues, mientras en el primero de ellos son obviados explícitamente, en el segundo ocupan un papel privilegiado<sup>1</sup>. En efecto, desde esta última perspectiva, como señalan Blom y Gumperz (1972/2000:148), «al enfocar las relaciones entre los factores sociales y lingüísticos en los eventos de habla, parece razonable dar por hecho que los primeros limitan la selección de las variables lingüísticas más o menos de la misma manera que los contextos sintácticos sirven para frenar las acepciones de las palabras». De esta manera, la comunicación verbal se convertiría en un proceso de dos pasos. En el primero de ellos, «paralelo al proceso perceptual, por medio del cual los significados de referencia se convierten en oraciones», «los hablantes toman en consideración las claves del exterior y las traducen en estrategias de comportamiento adecuadas», de modo que en el segundo, éstas «se traducen en símbolos verbales», siendo determinantes entonces «el conocimiento del hablante

<sup>1</sup> La distinción entre factores internos (inmanentes) y externos es compartida con las Ciencias Sociales en general. En el ámbito de la Sociología, Boudon y Bourricard (1989: 329), por ejemplo, señalan la inviabilidad de la misma, pues consideran que «puede decirse que la mayoría de los procesos son exógenos-endógenos si uno los observa durante un periodo largo: al desarrollarse producen resultados que pueden afectar no sólo a las reglas de funcionamiento del sistema en que acontece, sino también el entorno del sistema causando una reacción a él». A este respecto, Sztompka (1993/2000: 43-5) ofrece varios ejemplos prácticos de lo expuesto.

del repertorio lingüístico, de la cultura y de la estructura social y su habilidad para relacionar estos tipos de conocimientos con las restricciones contextuales» (Blom y Gumperz 1972/2000: 148-9).

Ahora bien, como apuntan Sherzer y Darnell (1978/2000: 64), desde esta dimensión funcional «no pensamos que sólo estamos añadiendo un nivel más a la descripción lingüística tradicional», pues «en cambio, observamos los datos lingüísticos desde una perspectiva diferente, que integra la lengua con otros componentes involucrados en su uso». Así, en definitiva, como señala acertadamente Heller (1982), «de esta manera podemos ver cómo la lengua puede llegar a tener valores sociales agregados, e igualmente cómo estos afectan al uso de la lengua y, por ende, el sistema mismo». Por tanto, una disciplina como la Sociolingüística (a la que se circunscribe el presente trabajo), por ejemplo, no se limita simplemente a contemplar la variación social de unas variantes en concreto partiendo de los presupuestos de la lingüística tradicional, pues maneja unos conceptos de significado lingüístico y referencial que le son propios y diferenciales.

También dentro de la Sociolingüística es posible reconocer la existencia de dos modelos de análisis distintos: el correlacional (el que aquí se seguirá) y el interpretativo. Mientras en el segundo de ellos se hace uso de procedimientos de análisis cualitativo y se asume que la lengua crea la estructura social (negándose así la existencia de categorías definidas con anterioridad al acto de habla, pues la realidad se iría construyendo durante la interacción), por el contrario, en el primero de ellos se acostumbra a hacer uso de procedimientos cuantitativos y se presupone que la lengua reproduce (y no crea) la estructura social de los hablantes (por lo que se admite la existencia de categorías sociolingüísticas definidas previamente al acto de habla).

### *1.1. EL CAMBIO LINGÜÍSTICO*

En función de lo expuesto, se entiende que los estudios de cambio desde la Sociolingüística presenten notables diferencias con respecto al resto de las teorías mencionadas<sup>2</sup>, pues, en efecto, aquélla se ha convertido

---

<sup>2</sup> El estructuralismo, por ejemplo, ha concebido que es la estructura del sistema, y no los hablantes, la que predispone los cambios, ya que la mayor o menor integración de las unidades dentro de aquél es la que condicionaría sus desplazamientos. Esta postura, similar a la que se sigue en Sociología para explicar el cambio social, ha sido duramente criticada por Sztompka (1993/2000: 30), quien considera que «degenera fácilmente en una vi-

en una alternativa en que se conjugan las condiciones tanto de tipo lingüístico como de tipo social. Además, mientras desde el paradigma formal, como ya ha quedado expuesto, se mantiene una concepción homogénea de la lengua, la Sociolingüística ha planteado la necesidad de partir de un concepto de heterogeneidad, pues se ha comprobado que los cambios se originan precisamente en una situación de variación lingüística, la cual conlleva la imposición de una forma sobre otra tras un periodo de competición (Aitchison 1991/1993: 70).

En el ámbito de la Sociolingüística correlacional los modelos que con mayor énfasis abundan sobre estas cuestiones son la teoría variacionista y la teoría de la red social<sup>3</sup>. La primera de ellas (a la que se adscribe este trabajo) encuentra su máximo exponente en el trabajo de Weinrich, Labov y Herzog (1968), en el que se exponen como principios empíricos del cambio la *restricción* (tipos de cambios posibles y condiciones en que se producen), la *transición* (evolución lingüística y social del cambio), la *inserción* (inserción del cambio en la matriz lingüística y en el contexto de situación y estilístico), y la *actuación* (causas sociales y lingüísticas que motivan el cambio). Aunque estos principios son en buena medida aceptados por la teoría de la red social, en ésta se ahonda más en el desentrañamiento de las pautas de variación y en las diferencias entre las normas comunitarias, ya que se parte del principio fundamental de que todo cambio se produce en una situación en que existen fuerzas promotoras de la actuación justamente contraria, esto es, del mantenimiento de la unidades lingüísticas. Por consiguiente, el cambio se localizaría en un presunto tipo de consenso en torno a las normas de uso lingüístico existentes en el seno de una comunidad de habla en particular.

De lo expuesto se desprende que, en ocasiones, se haya señalado como principal diferencia entre los modelos apuntados el que, mientras en la teoría de la red social cada variable se estudia en relación con una función (unidimensionalmente), en la teoría de la red social se pretende explicar la

---

sión fatalista y mecanicista del cambio, como si se produjera al margen de las acciones humanas, como si estuviera de alguna manera por encima de las cabezas de los hombres y se dirigiera hacia un *final* último, predeterminado» (la cursiva es del autor).

<sup>3</sup> A ellas debería añadirse la teoría del mercado lingüístico, desarrollada fundamentalmente por Bourdieu (1985: 189-20, 25), aunque, como recuerda Chambers (1995), ya autores como Labov (1966/ 1982), Macaulay (1976) o Sankoff y Laberge (1978) habían utilizado un procedimiento semejante al propuesto por el sociólogo marxista. En cualquier caso, lo cierto es que esta propuesta ha gozado de poca aceptación por parte de la comunidad lingüística, tal vez, como señala Almeida (2003: 145), por haberse centrado exclusivamente en la dimensión del poder legitimado.

existencia de ciertas normas de cambio en las que una variable tiene más de una función<sup>4</sup> (J. Milroy 1992). No obstante, cabe señalar que la inclusión del concepto de red social como herramienta interpretacional y no analítica ha resultado viable y productiva en diversos trabajos variacionistas<sup>5</sup> (Almeida 1996, 2000).

## 1.2. EL CAMBIO LÉXICO

Tal vez sea en el plano léxico donde menos estudios de cambio se hayan realizado. A mi juicio, este hecho podría tener su justificación, al menos, en tres razones fundamentales: 1) la no disponibilidad de repertorios léxicos con que contrastar los datos obtenidos en el presente, o sus limitaciones metodológicas en caso de existir; 2) la necesidad de recurrir a la complicada elaboración de cuestionarios léxicos (que además exigen de una gran disponibilidad por parte del informante); y 3) la falta de unanimidad dentro de la comunidad científica en torno a la determinación del carácter (lingüístico, cognitivo, pragmático, referencial) del significado, paralela a la falta de acuerdo sobre la posibilidad de la sinonimia en las lenguas.

En este trabajo se ha atendido a la propuesta realizada por Lavandera (1977, 1978, 1979, 1982, 1984) de que cuando dos formas distintas se usen por dos grupos sociales para expresar una misma realidad se baraje la posibilidad de que se estén transmitiendo significados diferentes. Así, se ha contemplado en el significado de las unidades léxicas la identificación de dos componentes solidariamente interrelacionados: el referente o concepto y el propósito comunicativo o intención pragmática. Los trabajos realizados por Almeida (1994, 1996, 2000) en La Aldea de San Nicolás (Gran Ca-

---

<sup>4</sup> J. Milroy (1992b: 84-85), además, ha expresado su preferencia hacia el modelo de la red social a causa de su mayor universalidad (todos los individuos están insertos en una red desde que mantienen algún tipo de relación, pero no todas las sociedades se jerarquizan por clases) y de su aplicación a zonas tanto rurales como urbanas. Por el contrario, Labov (1991: 326-333) sólo reconoce las ventajas del modelo de la red social para el estudio de la variación y cambio lingüísticos en comunidades pequeñas (como él mismo hace con Filadelfia), pero no en comunidades de varias decenas de miles de personas. Por otra parte, también se ha señalado que cuando se aplica dicho modelo en sociedades con diferencias de clase, generalmente, suele haber una limitación a la clase trabajadora, perdiéndose una perspectiva de conjunto de todo el entramado social.

<sup>5</sup> No en vano, debe señalarse que algunos autores han defendido la complementariedad de ambos modelos (L. Milroy y J. Milroy 1992, Requena y Ávila 2002), pues, en esencia, consideran que a cada clase social suele corresponder generalmente un tipo de red.

na) son un ejemplo del análisis de la variación y el cambio léxico contemplando la intersección de ambos componentes (referencial y comunicativo). En ellos, por ejemplo, a la pregunta sobre los «nombres dados al lugar donde vive el cura», obtuvo como sinónimos referenciales *casa del cura*, *casa parroquial* y *curato*. Sin embargo, paralelamente, observó que los hablantes no perseguían el mismo propósito comunicativo con la última unidad que con las dos primeras, pues el uso de aquella estaba limitado a un solo tipo de contexto determinado en función de una actitud concreta. Así, pues, *curato*, aunque sinónimo referencial de las demás unidades, no funcionaba como sinónimo comunicativo<sup>6</sup>.

### 1.3. DESCONOCIMIENTO Y DESUSO DEL LÉXICO

Uno de los efectos del cambio en el nivel del léxico es su desconocimiento y desuso en la actualidad. Los estudios que han analizado este proceso en el ámbito hispano son relativamente escasos (Alba 1990a; Almeida 1996; Almeida y Pérez Vidal 1996-1997; Borrego Nieto 1981; López Morales 1988, 1989; Navarro 1996), por lo que aún parece difícil establecer una clara taxonomía de sus causas<sup>7</sup>. En cualquier caso, los datos hasta ahora obtenidos han permitido observar en qué medida las diferentes circunstancias socio-históricas en que se hallan inmersas las comunidades de habla conducen a un determinado y previsible grado de desconocimiento y desuso del léxico, así como a un distinto efecto de las mismas sobre las áreas nocionales cuestionadas. Paralelamente, se ha podido comprobar que el análisis de la variación reciente contribuye a esgrimir las causas de dicho proceso, lo que guarda íntima relación con la idea ya apuntada de que todo cambio lingüístico se inicia con un estado de variación inicial.

---

<sup>6</sup> Desde esta perspectiva, es admisible la propuesta de Almeida (2003:35) de «hablar de sinonimia social entre una forma fónica y otra gramatical y/o léxica, en tanto en cuanto los individuos pueden recurrir a cualesquiera de ellas para expresar cortesía, distancia o respeto, para indicar identificación o rechazo con la cultura vernácula o con el grupo social al que se pertenece, etc.».

<sup>7</sup> Para la comprensión del desuso del léxico regional canario también deben tenerse presente las aportaciones de Morera (1986), Morera y Ortega (1983) y Ortega (1994), máximos exponentes de la lexicología canaria estructuralista.

#### 1.4. OBJETIVOS DE ESTA INVESTIGACIÓN

En este trabajo pretendo analizar el proceso de desconocimiento y desuso del léxico operado en Arrecife, capital de Lanzarote (Islas Canarias), en los últimos cuarenta años, centrándome exclusivamente en las unidades percibidas por los hablantes como eufemísticas y disfemísticas. Los datos actuales fueron obtenidos entre marzo y mayo de 2002, y se han contrastado con los proporcionados por el *Atlas Lingüístico y Etnográfico de las Islas Canarias* (ALEICan, Alvar 1975-1978), los cuales son el resultado de unas encuestas realizadas durante la primera mitad de la década de los años sesenta (Alvar 1963).

Además de conocer la vitalidad de las unidades léxicas empleadas para nombrar a determinados referentes y conceptos recogidos en el ALEICan, interesó obtener información sobre qué áreas nocionales habían resultado más afectadas, qué grupos sociales frenaban o impulsaban el proceso, qué tipo de creencias y actitudes subyacían en el mismo (permitiendo la catalogación de las unidades como eufemísticas o disfemísticas), y cómo variaba la selección lingüística en función del contexto de situación.

En total se tomó a nueve informantes de sexo/género (s/g) femenino divididas por igual entre las variables «edad» y «estrato social». También se tuvo en cuenta el factor «nivel educativo» como variable independiente del estrato.

#### 1.5. ALGUNOS ASPECTOS SOCIO-HISTÓRICOS SOBRE LA COMUNIDAD

Arrecife, capital de la isla de Lanzarote, contaba en 1950 con 9.178 habitantes, cifra quintuplicada en 2001 con 44.566 habitantes. Este aumento poblacional ha sido paralelo al experimentado en la inmensa mayoría de los municipios del Archipiélago canario tras el desarrollo del sector terciario a partir de la década de los años sesenta. De una manera muy sintética, puede decirse que mientras la dinámica social de Arrecife anterior al desarrollo del sector terciario se definía por la poca movilidad externa, la primacía de los contactos intralocales y la gran complejidad y densidad de relaciones dentro de la red social, a partir de la década de los sesenta se ha caminado en una dirección justamente contraria: mayor movilidad externa, amplio crecimiento de los contactos extralocales y descenso en la complejidad y densidad de relaciones dentro de la red social. Igualmente, resultado de todo ello ha sido que el arraigo de la idea de vecindad y la visión



de la comunidad como microcosmos social (esto es, que el individuo pudiese satisfacer en ella sus necesidades económicas y socioculturales) propias del pasado hayan sido sustituidas por una mayor homogenización con el exterior<sup>8</sup> y por una pérdida de la identidad local<sup>9</sup>.

## 2. METODOLOGÍA

### 2.1. CUESTIONARIO LÉXICO

Con la finalidad de estudiar el proceso señalado se elaboró un cuestionario de cuarenta y tres preguntas. En ocasiones, se ha señalado que este procedimiento imposibilita recoger léxico afectivo o tabuizado y que, al mismo tiempo, impide el cambio diafásico del encuestado en la medida en que éste puede sentirse observado sistemáticamente (Borrego 1981, Etxebarria 1985, Moreno 1996). Por todo ello, y para restar tensión comunicativa al encuentro, he tomado como informantes a sujetos con los que mantengo un alto grado de confianza.

---

<sup>8</sup> A este respecto, la versión ofrecida por Santana (1997:94) sobre los cambios operados en Arrecife en las últimas décadas me parece acertada:

«A pesar de ser el centro administrativo y, hasta la fecha, comercial de la isla, Arrecife es una ciudad que parece casi un desierto una vez que cierran comercios y oficinas. En una urbe con este clima sería incomprensible, si no, que un lugar como el Charco no estuviera poblado de terrazas donde convivieran los arrecifeños».

[...] Un lugar en que la inadecuación para el uso intensivo del automóvil era claro, uso que se incrementa notablemente por el hecho, ya mencionado, de que muchos de los que trabajan en la ciudad vivan fuera de ella. [...] La mezcla de la casa tradicional unifamiliar de un pueblo y la casa terrera impidió construir ciudad: Arrecife creció entre multitud de solares vacíos y con los barrios en el quinto infierno. Más dificultades para que surja una auténtica vida ciudadana.

<sup>9</sup> También debe apuntarse que, como las modernas Sociología y Psicología Social han observado repetidamente, las comunidades tradicionales (caso de Arrecife con anterioridad al *boom* turístico) se definían generalmente por un sistema de relaciones de parentesco y vecindad, así como por la transmisión de sentimientos y creencias de generación en generación, y por la asignación a cada individuo de un papel definido. Evidentemente, los grupos primarios limitaban el espectro de experiencias de las personas, pero, al mismo tiempo, les proporcionaban un fuerte sentido de la identidad personal y colectiva, de la pertenencia y del destino.

Al mismo tiempo, debe tenerse presente lo que Giddens (1991:189) ha denominado «fragmentación de la experiencia» para referirse al cambio que la modernidad (con el fomento de las telecomunicaciones, el aumento de los contactos con el exterior, etc.) ha producido en la identidad de las personas, provocándoles una mayor fragmentación de su yo, cuyas parcelaciones se irían actualizando en cada contexto según determinados propósitos.

Siguiendo las recomendaciones de Sudman y Bradburn (1987) y de Converse y Presser (1994: 133), las preguntas fueron tomadas de investigaciones anteriores (Almeida 1996, Almeida y Pérez Vidal 1996-1997) y, además, se realizaron dos encuestas piloto a dos informantes de distintas generaciones con la finalidad de garantizar la viabilidad de las mismas en el seno de la comunidad objeto de estudio.

## 2.2. *CONTEXTO DE SITUACIÓN*

Uno de los propósitos fundamentales de esta investigación fue observar cómo la selección léxica podía verse condicionada por el contexto de situación, lo que parte de la evidencia asumida por todos los hablantes de que la «manera de hablar» varía en función del tipo de interlocutor, del lugar en que acontece la interacción, del propósito que se persiga (parecer formal/informal, restar tensión comunicativa al encuentro, establecer vínculos de cercanía o marcar distancia...), etc. Para ello, obviamente, deben estudiarse situaciones particulares de habla, lo que no implica necesariamente, como señala Coupland (2001), la adopción de una metodología interpretativa. En cualquier caso, como reconoce el mismo autor, la tradición variacionista «generalmente ha obviado la consideración de los propósitos comunicativos, prefiriendo demostrar la predecible unión entre el uso del lenguaje y la configuración estructural de la sociedad<sup>10</sup>» (Coupland 2001: 188).

En concreto, en este trabajo me he centrado en el estudio del uso del léxico según el conocimiento del interlocutor (conocido/desconocido) y el grado de formalidad (formal/informal) del contexto de situación. Para el primer objetivo bastó con cuestionar a las informantes por el uso de cada unidad léxica en un intercambio con un conocido y en otro con un desconocido. Sin embargo, para comprender el empleo del léxico según el grado de formalidad se planteó a las informantes distintas situaciones concretas: hablando con el médico, respondiendo a la pregunta de un examen, con tus colegas en la discoteca, exponiéndole un problema al alcalde de Arrecife, en una reunión familiar, hablando con tu profesor/ el profesor de tu hijo, contándole chistes a tus mejores amigos, cuando estás en una entrevista de trabajo, etc.

En cualquier caso, para definir la percepción que cada informante tenía de los contextos propuestos –ya que, al menos en teoría, cualquiera de

---

<sup>10</sup> Traducción propia.

ellos podría ser entendido como formal o informal, o como propicio para establecer vínculos de cercanía o distanciamiento, según la comprensión de la realidad del propio sujeto— se procedió a preguntar de manera abierta a cada informante antes de comenzar el cuestionario por su modo de hablar en los mismos.

La propuesta realizada por Gumperz (1964, 1972/1974) es diferente a la que aquí se plantea. Para el citado autor existen dos tipos de interacciones lingüísticas: transaccionales y personales. La primera de ellas sería la propia de actividades como los servicios religiosos, las entrevistas de trabajo, etc., en las que los hablantes suspenden su personalidad individual en aras de actuar de acuerdo a ciertos derechos y obligaciones relacionadas con el estatus social. Por el contrario, en la interacción personal los hablantes explotan su personalidad individual en lugar de actuar como representantes de deberes sociales específicos, por lo que resulta ser la más frecuente en intercambios entre amigos y en el grupo de iguales. Por tanto, Gumperz aún en un mismo bloque, por un lado, a los intercambios con los conocidos y en situaciones informales, y, por otro, a los intercambios con los desconocidos y en situaciones formales. Sin embargo, en mi investigación he preferido la división propuesta anteriormente con la finalidad de corroborar la viabilidad del solapamiento de intercambios que propone Gumperz.

### 2.3. *CREENCIAS Y ACTITUDES*

Otro de los objetivos de esta investigación fue el de conocer qué creencias y actitudes<sup>11</sup> subyacían en el léxico, y en qué medida éstas condi-

---

<sup>11</sup> En general, la Psicología Social he señalado que su desarrollo obedece a dos funciones fundamentales. La primera de ellas, la función de evaluación del objeto, expresa en qué medida las creencias y actitudes permiten manejar satisfactoriamente las interacciones de los individuos con los objetos de actitud circundantes (como ocurre con las unidades léxicas en el presente trabajo). La segunda, la función expresiva de valor, delata hasta qué punto aquéllas posibilitan la expresión del yo real, en tanto en cuanto ayudan a mantener conexiones con las personas (Smith y Mackie 1995/1997). Podemos afirmar, en consecuencia, que las creencias y actitudes se desarrollan porque son útiles (Katz 1960, Smith et al. 1956) y que, en esencia, permiten predecir el comportamiento de los individuos; incluso, cuando no se observe una relación directa entre las creencias y el comportamiento, aquéllas seguirán resultando valiosas en la medida en que permiten indagar sobre las razones por las cuales se encubren, sobre los cambios que se producen en las mismas, etc. De ahí que en esta investigación se pretendiese descubrir qué creencias existían hacia el léxico y, al mismo tiempo, cómo éstas habían podido promover ciertos procesos de cambio al regular el uso de las variantes y crear, consecuentemente, distintas normas de habla.

cionaban su empleo, lo que contribuiría ampliamente a explicar el proceso que aquí se estudia. En líneas generales, aquéllas han sido definidas como «una representación cognitiva que resume la evaluación individual de una persona, un grupo, una cosa, una acción o una idea en particular» (Smith y Mackie 1995/1997: 266) y que resulta de la experiencia acumulada por un sujeto a lo largo de toda su vida.

No obstante, cabe señalar que tanto dentro de la Psicología Social (Fishbein y Ajzen 1975, Oskamp 1977/1991) como de la Sociolingüística (López Morales 1989: 234-6; Almeida 1994, 2000, 2003) se ha corroborado la necesidad de distinguir entre creencias y actitudes. Para Almeida (2000: 211), en concreto las creencias relacionadas con el léxico tendrían que ver «con lo que piensan los individuos sobre las unidades léxicas que conocen y/o utilizan (cultas, vulgares, insultantes, propias de mujeres, etc.)», mientras que las actitudes implicarían «una toma de posición» hacia tales creencias y, por tanto, «la creación de una expectativa hacia su posible uso o no». Dada la productividad de esta distinción en los trabajos de variación y cambio léxico que preceden a esta investigación, haré uso de ella en la misma.

Las propuestas metodológicas para la medición de las creencias y actitudes han sido variadas (Oskamp 1977/1991). En concreto, en esta investigación se ha seguido un procedimiento en que se combinan las mediciones directas con las indirectas. En primer lugar, tras preguntar a las informantes por el empleo de un *ítem* léxico en particular, se les cuestionaba de manera directa sobre el por qué de éste. De esta forma, se pretendió reducir el forzamiento al que podían verse sometidos los sujetos encuestados a la hora de responder a preguntas cerradas, así como favorecer la formulación de variables espontáneas, las cuales, pudiendo ser decisivas, no hubiesen sido obtenidas con un formulario cerrado. De todos modos, con posterioridad a la respuesta de las informantes, se plantearon las creencias que se querían estudiar y que no habían sido mencionadas en la respuesta libre hasta el momento.

En concreto, en este artículo, en función del alto grado de funcionalidad demostrado en otras comunidades de habla canaria, sólo haré alusión a las siguientes creencias (Almeida 2000): 1) creencias relacionadas con los estigmas morales o físicos del interlocutor (insultantes vs. no insultantes); 2) creencias relacionadas con la mayor o menor aproximación a la variedad considerada normativa del español (cultas vs. incultas o vulgares); creencias relacionadas con su contenido semántico (técnicas o precisas vs. no técnicas o imprecisas); y 4) creencias relacionadas con ciertos tabúes culturales y otras normas de comportamiento en general (bastas o groseras, finas o elegantes y cursis).

Asimismo, se intentó catalogar a estas creencias como eufemísticas o disfemísticas según su valoración fuese positiva o negativa, respectivamente. Por eufemismo he entendido toda «actualización discursiva por parte del hablante de unos sustitutos léxicos habituales o lexicalizados u ocasionales o creativos que, a través de un conjunto de recursos lingüísticos y paralingüísticos, permiten, en un contexto y situación pragmática determinada, neutralizar léxicamente el término interdicto» (Casas 1986: 35), ya que éste posee «connotaciones que son ofensivas para lo denotado, la audiencia o ambos» (Allan y Burridge 1991: 11) y que, por ello, podría motivar «una pérdida de prestigio: del propio o, mediante una ofensa, del de la audiencia o del de alguna tercera persona» (Allan y Burridge 1991: 26). Así, pues, por disfemismo he entendido justamente ese tipo de expresiones que por sus connotaciones negativas son sustituidas por eufemismos.

#### 2.4. GRUPOS SOCIALES

Como ha quedado señalado anteriormente, uno de los objetivos primordiales de este trabajo fue el de comprobar si ciertos grupos sociales podían frenar o impulsar el proceso que aquí se estudia. En general, se esperó que éste no hubiese afectado por igual a todos los grupos de la comunidad, pues el gran cambio social operado en toda la isla en apenas cuarenta años ha traído consigo una drástica transformación de las estructuras de la red social, ha originado mayores diferencias estratificacionales, ha motivado la fluctuación de diferentes visiones sobre el pasado y futuro de la realidad insular (y local) en los habitantes de distintos grupos etarios, y ha promovido la coexistencia de distintas normas de comportamiento dentro de la misma comunidad.

Los **grupos etarios** fueron establecidos atendiendo a la propuesta del PILEI (Programa Interamericano de Lingüística y Enseñanza de Idiomas) rebajando la edad mínima a los veinte años (20-35, 36-55, +55), criterio también adoptado en trabajos anteriores (Almeida 1996, Almeida y Pérez Vidal 1996-1997, López Morales 1983, entre otros).

En cuanto a la variable **estrato social**, a efectos de determinar en qué modo son promulgadas y aceptadas las normas y valores presentes en la comunidad objeto de estudio, se ha seguido en buena medida la propuesta del ISTAC (Instituto Canario de Estadística) para la «Encuesta de población de Canarias 1996», con la única diferencia de que los estratos alto y

medio alto, por una parte, y los estratos bajo y medio bajo, por otra, han sido agrupados en dos únicos estratos alto y bajo respectivamente.

En la medida en que en la metodología seguida para designar la adscripción estratificacional a cada informante se tomaba a un representante de su familia, en ocasiones distinto al sujeto encuestado, se tomó con independencia de la variable «estrato social», aunque de manera post-estratificacional, el **nivel de estudios**<sup>12</sup> de este último de acuerdo a la siguiente clasificación: a) nivel bajo: analfabetos y sin estudios; b) nivel medio-bajo: educación primaria acabada; c) nivel medio: educación secundaria terminada; y d) nivel alto: enseñanzas universitarias terminadas.

## 2.5. CRUCE DE VARIABLES

Desde la sociolingüística interaccional se le suele objetar a los trabajos variacionista que las variables sociales sean consideradas de manera aislada, obviándose cómo éstas se articulan con el resto de categorías (que determinan la actuación lingüística de los hablantes<sup>13</sup>). Sin embargo, hay que destacar que el propio Labov (1990) ha defendido la necesidad de cruzar cuantitativamente las variables s/g y clase social, lo que ha permitido entender, por una parte, cómo en ocasiones hombres y mujeres pueden permanecer cohesionados al no mostrar diferencias a lo largo del espectro social, y, por otra, cómo en algunas comunidades pueden discrepar ambos grupos de s/g según su pertenencia a una clase social u otra. Asimismo, más recientemente, Sigley (2003) ha propuesto incluso una metodología cuantitativa específica para cruzar: 1) unidades de lengua con variables sociales, 2) unidades de lengua con variables sociales con variables sociales, y 3) unidades de lengua con unidades de lengua.

---

<sup>12</sup> En la investigación realizada en Filadelfia, Labov (2001) observó cómo la variable nivel de estudios no contribuía en sentido alguno a definir la estratificación social del habla de sus informantes, lo que según Ash (2001: 408) debería tomarse como argumento para tomar dicha variable de manera independiente a la clase social. En cualquier caso, en este trabajo, antes que separarla, se ha optado por tomarla además como variable independiente y post-estratificacional.

<sup>13</sup> Así, por ejemplo, Wodak (1984), al estudiar la manera de hablar de madres e hijas de diferentes clases sociales, obtuvo conclusiones como que en todas las clases sociales las mujeres con una profesión participaban de un estilo más formal que aquéllas que no tenían, que si la relación entre madre e hija era conflictiva ésta última adoptaba un estilo opuesto al de su progenitora, o que las hijas de clase media-alta empleaban más formas dialectales que las de clase trabajadora para diferenciarse de sus madres.

En efecto, como señala Almeida (2003: 113), el análisis de la interrelación de variables «resulta interesante porque pone de relieve que, aunque generalmente se presenta a cada categoría social como una entidad cohesionada y uniforme, muchas veces existen diferencias entre los miembros que constituyen dichas categorías», motivo por el cual se recurrirá al cruce de variables en la presente investigación.

## 2.6. TRATAMIENTO ESTADÍSTICO

En todos los casos, los datos obtenidos fueron sometidos a un análisis estadístico mediante el programa SPSS a fin de verificar su grado de significancia.

## 3. RESULTADOS

En otro lugar (Rodríguez, 2004) he avanzado ya los resultados de esta investigación concernientes a la vitalidad del léxico tanto en general como según su distribución por grupos sociales y según el contexto de situación. Por tanto, me limitaré aquí a recordar aquellos datos de mayor interés para entender el papel desempeñado por la variación de los eufemismos y disfemismos en el proceso de desconocimiento y desuso léxico que se pretende analizar.

Aunque en general se observó un alto conocimiento del léxico (88,7%), por el contrario, el uso de éste fue bastante bajo (65,6% de uso y 11,4% de poco uso), lo que permite hablar de un franco y progresivo retroceso en el empleo de las unidades recogidas en el *ALEICan*.

Los porcentajes de conocimiento y uso de estas mismas unidades según la adscripción de las informantes a los grupos sociales considerados («edad», «estrato social» y «nivel de estudios») corroboraron la hipótesis de partida de que no existiría en Arrecife, a causa de su peculiar historia local, cierto consenso a la hora de decidir qué unidades apartar del uso. En cuanto a la «edad», el conocimiento del léxico disminuyó notablemente en la primera (83%) y segunda (88,2%) generaciones con respecto a la tercera (95,1%), si bien es cierto que el uso fue similar en los tres grupos etarios mencionados (69,8% vs. 67,8% vs. 60%, respectivamente), lo que demostraría, por un lado, el retroceso en el empleo de las unidades estudiadas y, por otro, su homogénea distribución en el uso actual. Por su parte, las variables «estrato social» y «nivel de estudios» pusieron de manifiesto la in-

hibición del empleo del léxico del *ALEICan* en los estratos alto y medio y en los altos niveles de estudio, esto es, en los grupos de mayor prestigio social de la comunidad, lo que pondría de manifiesto el prestigio abierto de las variantes ligadas a los grupos más altos y, paralelamente, la presión social por evitar el uso de las que ellos no emplean.

En cuanto al contexto de situación, pudo corroborarse que, tal y como propuso Gumperz (1964, 1972), en los intercambios formales y con desconocidos por un lado, y en los informales y con desconocidos por otro, se sigue un comportamiento lingüístico semejante, con toda evidencia traspaso de un tipo de comportamiento social típicamente occidental: inhibición de la personalidad individual en aras de actuar de acuerdo a ciertos derechos y obligaciones relacionadas con el estatus social en los primeros intercambios (transaccionales), y exhibición de la personalidad individual (en lugar de actuar como representantes de deberes sociales específicos) en los segundos (personales). En función del comportamiento anteriormente descrito, puede entenderse que el léxico del *ALEICan* que aquí se estudia no se emplee en las situaciones transaccionales, lo que, obviamente, le resta vitalidad. Asimismo, se observó que una gran parte de las unidades léxicas contempladas se definían con exclusividad de las situaciones informales y de los intercambios con desconocidos, especialización contextual que, como se ha advertido en diversos trabajos sociolingüísticos, puede provocar cierta inseguridad lingüística en los hablantes generando una reducción de la frecuencia de uso de aquéllas.

### 3.1. USO DEL LÉXICO CONOCIDO SEGÚN CREENCIAS Y ACTITUDES

Del total de unidades léxicas estudiadas (N=427), el 77% (N=230) recibió algún tipo de creencia<sup>14</sup>, de entre las cuales las relacionadas con la vida local y con la dimensión temporal de la palabra no siempre despertaron algún tipo de actitud definible. En concreto, los porcentajes para cada una de las creencias fueron los siguientes:

---

<sup>14</sup> Estoy considerando tanto las creencias cuestionadas al informante como las obtenidas de modo espontáneo: «rural», «para hablar con niños», «exclusiva de mayores», «exclusiva de jóvenes» y «exclusiva de hombres».



**Cuadro 1**  
UNIDADES CATALOGADAS DE ACUERDO A ALGUNA CREENCIA

Creencias	N	%
Léxico vernáculo	87	20,4
Léxico foráneo	13	3
Léxico antiguo	48	11,2
Léxico moderno	10	2,3
Léxico basto	24	5,6
Léxico fino	3	0,7
Léxico cursi	5	1,2
Léxico culto	22	5,15
Léxico inculto	6	1,4
Léxico eufemístico	18	4,2
Léxico disfemístico	64	15

### 3.2. ESTEREOTIPACIÓN LÉXICA

Los ítems registrados fueron también clasificados del modo que sigue en función de su grado de estereotipación según el número de informantes que coincidían en una misma valoración social: unidades débilmente marcadas (de 1 a 3 informantes), unidades moderadamente marcadas (de 4 a 6 informantes) y unidades fuertemente marcadas (de 7 a 9 informantes). Éstas últimas son las que, verdaderamente, constituyen lo que puede denominarse como «estereotipos léxicos». Según Labov (1972/1983: 311), la estereotipación generalmente afecta a muy pocas unidades del lenguaje, y ésta es la tendencia observada en Arrecife de Lanzarote. A continuación reproduzco el listado de palabras eufemísticas y disfemísticas junto al número de informantes que ha coincidido en su valoración.

- a) Palabras eufemísticas: *nudo de la garganta* (1), *bizco* (1), *jugo* (1), *zurdo* (2), *ceceoso* (2), *gafas* (2), *lentes* (2), *padre* (2), *almorzar* (3).
- b) Palabras disfemísticas: *margarito* (1), *ingle* (1), *braga* (1), *persignarse* (1), *cajón* (1), *jugo* (1), *cielo de la boca* (2), *dedo gordo* (2), *dedo chico* (2), *ceceoso* (2), *golondrino* (2), *verija* (3), *sostén* (3), *quijada* (5), *arrojar* (5), *escarro* (5), *corcovado* (6), *meado* (6), *bizco* (6), *petudo* (8).

En cualquier caso, el mayor grado de estereotipación se localizó en el léxico vernáculo, lo que hace pensar en que su patrón de uso esté definido.

Al mismo tiempo, debe señalarse el hecho de que no se encontrasen estereotipos en las unidades consideradas «antiguas», lo que, como he señalado en otro lado (Rodríguez, 2004), puede interpretarse como trasunto de la escasa importancia concedida tanto a la vida pasada de la localidad como a su cultura material e intelectual. A mi juicio, tal actitud podría estar motivada, entre otras causas, por la diversidad de procedencias de las habitantes de Arrecife, por el secular proceso de recepción de emigrantes de esta localidad, así como por su carácter capitalino y abierto al exterior, además de por su ya expuesta configuración de la red social. En efecto, todo ello podría haber impedido el desarrollo de una cultura y un pasado idiosincrático con el que identificarse. Además, debe señalarse que ninguna de las unidades léxicas estudiadas fue definida como vernácula de la localidad, sino como propia de la isla o del archipiélago. Sin duda, este hecho encuentra su explicación en la realidad histórica anteriormente comentada.

### 3.3. USO DEL LÉXICO CONSIDERADO EUFEMÍSTICO Y DISFEMÍSTICO

En general, no se observa una tendencia clara en el empleo de los eufemismos y disfemismos, pues, para ambos tipos de palabras, los porcentajes de uso y de desuso de acercan considerablemente (Cuadro 2).

**Cuadro 2**  
USO DEL LÉXICO DEL *ALEICAN* SEGÚN SU CARÁCTER EUFEMÍSTICO Y DISFEMÍSTICO

	Eufemismos		Disfemismos	
	N	%	N	%
Uso	7	38,9	24	37,5
Poco Uso	4	22,2	13	20,3
No Uso	7	38,9	27	42,2
	18		64	
$\chi^2 = 1,45; p = 0,834$				

Ahora bien, al estudiar el patrón de uso según el contexto de situación, según cabe advertir tras lo expuesto en el epígrafe inmediatamente anterior, las diferencias resultaron bastante claras.

En los intercambios con conocidos (Cuadro 3), el porcentaje de uso del léxico disfemístico asciende al 97,5%, mientras que el 2,5% restante se emplea tanto con conocidos como con desconocidos. Asimismo, se observa cómo el 80% (N=8) del léxico eufemístico se usa con ambos tipos de interlocutores, mientras que el 20% se emplea únicamente con desconocidos (porcentaje poco representativo si tenemos en cuenta su valor absoluto: N=2). En función de lo expuesto, puede afirmarse que se cumplen las expectativas previstas: las palabras con connotaciones negativas tienden a ser apartadas del uso con desconocidos, mientras que las palabras eufemísticas reciben un mayor porcentaje de uso en los intercambios con desconocidos o con cualquier tipo de interlocutor.

Según el grado de formalidad del contexto (formal/informal/ambos) también se percibe una tendencia bastante clara: los disfemismos se emplean con práctica exclusividad (97,2%) en los contextos informales y, en escasa medida, en cualquier tipo de situación comunicativa, pero nunca en contextos formales; asimismo, los eufemismos se usan sólo en contextos formales (37,5%) o en cualquier tipo de ellos (62,5%), pero nunca en contextos informales con exclusividad (Cuadro 4). Por tanto, puede decirse que se cumplen las expectativas anunciadas al comienzo de este trabajo sobre las pautas generales de empleo del léxico catalogado como eufemístico o disfemístico.

**Cuadro 3**  
USO DEL LÉXICO CONSIDERADO EUFEMÍSTICO O DISFEMÍSTICO  
SEGÚN EL TRATO CON EL INTERLOCUTOR

	Eufemismos		Disfemismos	
	N	%	N	%
Conocidos	--	--	39	97,5
Desconocidos	2	20	--	--
Ambos	8	80	1	2,5
	10		40	
$\chi^2 = 44,4; p = 0,000$				

**Cuadro 4**  
**USO DEL LÉXICO EUFEMÍSTICO Y DISFEMÍSTICO SEGÚN FORMALIDAD DEL CONTEXTO**

	Eufemismos		Disfemismos	
	N	%	N	%
Formal	3	37,5	--	--
Informal	--	--	35	97,2
Ambos	5	62,5	1	2,8
	8		36	
$\chi^2 = 38,4; p = 0,000$				

Junto a las causas hasta ahora señaladas, también debe citarse como un condicionante del acercamiento de los porcentajes de uso y desuso del léxico eufemístico y disfemístico el hecho de que hacia una misma unidad puedan existir diferentes creencias. Por ejemplo, en varias investigaciones (Abd-el-Jawad 1987, Almeida 2000, J. Milroy 1992) se ha puesto de manifiesto cómo, en ocasiones, el prestigio ligado tanto al ascenso social como a los grupos de mayor estatus no resulta suficiente para garantizar la promoción de una forma lingüística, en tanto en cuanto, con frecuencia, los hablantes prefieren emplear variantes de habla más locales con las que se sienten más identificados. Esto sucede, en concreto, con las voces *almorzar* y *jugo* que, aunque son denominadas como eufemísticas, se restringen en su uso por ser valoradas, al mismo tiempo, como foráneas<sup>15</sup>.

Igualmente, debe tenerse presente que, con relativa frecuencia, muchas de las unidades definidas como prestigiosas por las informantes durante la encuesta son, en realidad, consideradas como neutras para la mayoría de la comunidad, pero que se estiman eufemísticas cuando se comparan con un disfemismo<sup>16</sup>. Esto es lo que ocurre en Arrecife, por ejemplo, con palabras como *ingle*, *bizco*, *zurdo*, *ceceoso* y *gafas* cuando se comparan con los disfemismos *verija*, *(de ojos) cambados*, *cañoto*, *gangoso* y *espejuelos*, respectivamente.

En lo concerniente a la vitalidad del léxico eufemístico y disfemístico creo que, efectivamente, su alta especialización contextual puede enun-

<sup>15</sup> Como se ha señalado en otro lugar (Rodríguez, 2004), sobre estas voces pesa una fuerte restricción de uso.

<sup>16</sup> A este respecto, debe volver a recordarse que con el cuestionario que aquí se ha utilizado se pretendía estudiar no sólo el desconocimiento del léxico del *ALEICan*, sino también la variación socioestilística de éste junto a otras unidades sinónimas.

ciarse al menos como una de las causas del retroceso del uso. Por una parte, debe barajarse, como ya se insinuó en párrafos precedentes, la posibilidad de que su poca rentabilidad comunicativa pueda conducir a dicho tipo de léxico a una consecuente reducción de sus frecuencias. Por otra, y de forma mucho más concreta, cabe considerar que la restricción del léxico a contextos informales pueda erigirse en causa de su reducción de uso en tanto que motivador de una cierta inseguridad expresiva en los hablantes. De este modo, el alto porcentaje de empleo de las unidades léxicas más neutras (las válidas para cualquier tipo de contexto) podría entenderse como el reflejo de un menor compromiso del hablante en la interacción al implicar la inhibición de ciertos rasgos expresivos.

En suma, se percibe un gran control social del uso de los eufemismos y disfemismos, lo que, desde mi punto de vista, mantiene una íntima relación con el tipo de red social dominante en la comunidad: al ser reducido el número de vínculos parece lógica la tendencia aquí advertida, pues con ella se evitaría dañar la imagen tanto del emisor como del receptor.

Si se observa la distribución del uso del léxico aquí cuestionado según la adscripción de las informantes a determinados grupos sociales queda afianzada la interpretación propuesta. Por un lado, las diferencias en el uso según la variable «estrato social» resultaron significativas ( $p < 0,05$ ), siendo las hablantes del estrato bajo las que mayor uso hacen del léxico disfemístico, mientras que las del alto son las que más lo inhiben (Cuadro 5).

**Cuadro 5**  
USO DE LOS DISFEMISMOS SEGÚN EL «ESTRATO SOCIAL»

	Estrato alto		Estrato medio		Estrato bajo	
	N	%	N	%	N	%
Uso	3	13,6	5	35,7	16	57,1
Poco uso	3	13,6	2	14,3	8	28,6
No uso	16	72,7	7	50	4	14,3
	22		14		28	
$\chi^2 = 18,14; p = 0,011$						

Por otro lado, también las diferencias en el uso según la variable «nivel de estudios» resultaron significativas (Cuadro 6), advirtiéndose claramente cómo son las hablantes sin estudios las que más emplean los disfemismos, mientras que las hablantes con estudios secundarios terminados son las que mayores reticencias muestran a su promoción.

**Cuadro 6**  
USO DEL LÉXICO DISFEMÍSTICO SEGÚN EL «NIVEL DE ESTUDIOS»

	Nivel bajo		Nivel medio-bajo		Nivel medio		Nivel alto	
	N	%	N	%	N	%	N	%
Uso	11	64,7	2	20	5	20,8	6	46,2
Poco uso	6	35,3	1	10	4	16,7	2	15,4
No uso	--	--	7	70	15	62,5	5	38,5
	17		10		24		13	
$\chi^2 = 20,32; p = 0,002$								

Finalmente, aunque las diferencias en el uso según la variable «edad» no resultaron significativas (Cuadro 7), se percibe cómo el uso es mayoritario en las jóvenes, frente a un considerable desuso en las hablantes de mayor edad.

**Cuadro 7**  
USO DEL LÉXICO DISFEMÍSTICO SEGÚN LA «EDAD»

	1ª generación		2ª generación		3ª generación	
	N	%	N	%	N	%
Uso	7	50	6	33,3	11	34,4
Poco uso	2	14,3	5	27,8	6	18,8
No uso	5	35,7	7	38,9	15	46,9
	14		18		32	
$\chi^2 = 1,9; p = 0,757$						

A mi entender, este reparto da buena cuenta del carácter tabuizado del léxico disfemístico, pues su uso decrece precisamente en aquellos grupos de mayor prestigio social.

### 3.4. CONOCIMIENTO Y USO DEL LÉXICO SEGÚN SU CLASIFICACIÓN POR ÁREAS NOCIONALES

Además de estudiar la vitalidad del léxico del *ALEICan* según las creencias y actitudes desarrolladas hacia el mismo, otro de los objetivos de este trabajo fue el de determinar, de un modo mucho más concreto, qué áreas nocionales habían sido más afectadas por el presumible proceso de desconocimiento y desuso de léxico y, así, intentar valorar de qué modo las transformaciones socioeconómicas producidas a partir de los años sesenta

podieron haber afectado con diferente intensidad a las diversas facetas vitales de los hablantes.

Según los datos expuestos en los cuadros 8 y 9, parece haber coincidencia entre las áreas nocionales que mayor desconocimiento presentan con las que muestran un mayor grado de desuso: la familia y el ciclo de la vida, la iglesia, y el cuerpo humano. Puede afirmarse, por tanto, que las unidades léxicas pertenecientes a determinadas áreas tienen mayor propensión a ser apartadas del uso, lo que, muy probablemente, guarde relación tanto con los cambios materiales operados en la comunidad en los últimos años como con las creencias y actitudes que, como ha quedado ya expuesto, se han desarrollado hacia ciertas voces aquí estudiadas. Así, desde mi punto de vista, el retroceso en el uso del léxico relacionado con la «iglesia» podría guardar relación con la merma en el interés por los temas religiosos y eclesiásticos que, en las últimas décadas, se ha experimentado de modo general en todo el territorio español. A este respecto, cabe mencionar que cinco de las nueve informantes manifestaron de modo espontáneo que desconocían muchas voces relacionadas con el área nocional de la «iglesia» a causa de su desinterés por los motivos religiosos. Del mismo modo, y quizás de manera paralela a la generalizada desmotivación de determinadas síntesis de fe religiosa, el concepto de la «familia» y de todo lo concerniente al «ciclo de la vida» ha cambiado sustantivamente en los últimos decenios.

**Cuadro 8**  
CONOCIMIENTO DEL LÉXICO SEGÚN ÁREAS NOCIONALES

	Léxico conocido		Léxico desconocido	
	N	%	N	%
Cuerpo humano	191	89,3	23	10,7
Casa	43	100	—	—
Vestimenta	41	97,6	1	2,4
Iglesia	30	70	30	30
Alimentación	27	96,4	1	3,6
Animales	23	100	—	—
Familia y ciclo de la vida	8	47	9	53
Vegetales	16	100	—	—
$\chi^2 = 56,97; p = 0,000$				

**Cuadro 9**  
USO DEL LÉXICO DEL *ALEICAN* SEGÚN ÁREA NOCIONAL

	Uso		Poco uso		No uso	
	N	%	N	%	N	%
Cuerpo humano	116	55,5	29	13,9	64	30,6
Casa	35	81,4	3	7	5	11,6
Vestimenta	26	63,4	6	14,6	9	22
Iglesia	13	39,4	4	12,1	16	48,5
Alimentación	13	48,1	3	11,1	11	40,7
Animales	21	91,3	--	--	2	8,7
Familia y ciclo de la vida	7	43,8	--	--	9	56,3
Vegetales	16	100	--	--	--	--
$\chi^2 = 47,75; p = 0,000$						

Por su parte, el desconocimiento y desuso de determinadas voces pertenecientes al área nocional del «cuerpo humano» (e incluso de algunas palabras enmarcables en la de la «familia y el ciclo de la vida»), podría deberse, más bien, al fuerte grado de tabuización al que éstas suelen estar sometidas.

### 3.5. ANÁLISIS CONCRETO DE ALGUNAS UNIDADES LÉXICAS DEL *ALEICAN* AFECTADAS POR EL DESCONOCIMIENTO Y DESUSO

El estudio concreto de las palabras afectadas por los procesos de desconocimiento y de desuso permite comprobar la certeza de las conclusiones extraídas del análisis cuantitativo hasta ahora realizado. Como demuestra el siguiente análisis de las unidades léxicas del *ALEICan* más desconocidas (Cuadro 10), son fundamentalmente el carácter disfemístico o antiguo del léxico los agentes que, con mayor incidencia, contribuyen a explicar por qué dichas formas lingüísticas son apartadas del uso<sup>17</sup>.

<sup>17</sup> Si bien es cierto que en el comentario de algunas unidades léxicas he reparado en la distribución de su uso según la variable social «edad», he creído conveniente, por otra parte, evitar alusiones a las variables «estrato social» y «nivel de estudios», pues su mención hubiese resultado copiosa y excesivamente redundante con lo ya expuesto en la descripción general que precede al presente epígrafe. Asimismo, y por idénticos motivos, sólo he insistido en el comportamiento lingüístico de los hablantes en función del contexto de situación en aquellos casos en los que la argumentación expuesta requería necesariamente de tal reiteración.



**Cuadro 10**  
DESCONOCIMIENTO DE LAS UNIDADES LÉXICAS DEL ALEICAN

Unidad léxica	Número de informantes que la desconocen	Número de localidades en que la documenta el ALEICan
PARROQUIA	9	1
SANTANERO	9	7
EMBOZADA	6	7
MONIGOTE	5	7
MARGARITO	4	7
ESCARRO	3	8
NUDO DE LA GARGANTA	3	1
CECEOSO	3	1
DEDO CHICO	2	1
CIELO DE LA BOCA	1	7
FAÑOSO	1	8
GOLONDRINO	1	6
LENTE	1	8
VERIJA	1	5

*SANTANERO*.- Una de las voces desconocidas por la totalidad de las informantes fue *santanero*. El carácter ideolectal de la misma debe ser descartado en la medida en que aparece recogida en múltiples localidades del archipiélago, motivo por el cual me parece además poco acertado señalar como causa de su desconocimiento actual el que ya en la década de los sesenta se encontrase en retroceso. A mi juicio, el alto grado de tabuización apreciable en todas las voces que designan el mismo referente que *santanero* en la comunidad (v.gr.: *niño recogido*, *hijo de madre soltera*, *hijo de padre desconocido*, *hijo putativo*, *inclusero*, *expósito*, etc.) podría erigirse como causa principal de su retirada del uso. El *DHECan* (s.v. *santanero*) recoge que el origen de esta voz se debe a que la inclusiva de Las Palmas estaba bajo la advocación de Santa Ana. Por este motivo, es muy probable que en el momento en que se realizaron las encuestas del ALEICan tuviese un valor eufemístico (lo cual justificaría, además, que esta voz fuese dada al encuestador en múltiples localidades), pero que, con el tránsito del tiempo, haya adquirido un valor disfemístico, lo que, entonces, habría conducido a su desuso y desconocimiento actuales. En efecto, como ha señalado Casas (1986: 65), un eufemismo puede asumir la carga peyorativa del término interdicto por el cual surgió convirtiéndose, de esta manera, en un

disfemismo y dando lugar, consecuentemente, a una «cascada concatenada de sustitutos eufemísticos».

**EMBOZADA.**- Aunque tres informantes de procedencia rural que reconocieron la palabra *embozada* señalaron que el uso de la misma en la actualidad les resulta innecesario por ser ésta una voz solamente útil en un contexto agrario, lo único que puede constatarse en este trabajo es que las creencias de «antigua» y «rural» desarrolladas hacia la misma podrían ser una de las causas de su proscripción y desconocimiento.

**MONIGOTE.**- El conocimiento de la voz *monigote* parece estar íntimamente relacionado con el universo de las creencias religiosas de las que practican las informantes. De las cuatro que reconocieron esta voz, tres pertenecían al tercer grupo de edad y una al intermedio, y reconocieron profesar o, al menos, haber profesado en el pasado y durante largo tiempo la doctrina católica. Sin embargo, las informantes más jóvenes, precisamente las que desconocieron la existencia de la voz aquí estudiada, manifestaron o no haber profesado nunca algún credo de fe o haberlo hecho sin interés y por obligación paterna. En definitiva, el caso que aquí se cuestiona es un claro ejemplo de cómo el desinterés por determinados referentes tiene como evidente trasunto lingüístico el desconocimiento de las unidades léxicas empleadas para designarlos.

También debe señalarse que durante el cuestionario se preguntó a las informantes si reconocían algún tipo de diferencia (referencial, afectiva, etc.) entre las voces *monaguillo* y *monigote*, a lo que se obtuvieron respuestas negativas en todos los casos. Sin embargo, Reyes Martín (1918, tomado del *TLEC s. v. monigote*) se refirió a la unidad léxica *monigote* como «voz despectiva que significa muñeco ridículo, persona ignorante y ruda». Por su parte, Millares Cubas (1932, s. v. *monigote*) incluyó como aclaración a la definición de dicha unidad que «no en son de menosprecio, sino porque así lo prescribe el grave léxico grancanario, llamamos aquí *monigotes* a los miembros de la distinguida clase de los monaguillos», lo que, en cierta medida, delata el carácter disfemístico al que podría estar sometida dicha voz por tener también como significado la acepción recogida por Reyes Martín. Es muy probable, pues, que —aunque desconozco si existía alguna diferencia referencial entre *monaguillo* y *monigote*— fuese precisamente ésta última la causa de su progresiva proscripción y abandono.

**MARGARITO.**- De las cuatro informantes que reconocieron la palabra *margarito*, tres pertenecían al tercer grupo etario y una al intermedio, lo que, en cierta medida, podría tomarse como índice del retroceso de su conocimiento y uso. La causa de su desuso actual podría residir en su carác-

ter disfemístico como resultado de su consideración como «antigua», «no técnica» y «rural».

**ESCARRO.**- El parcial desconocimiento actual de la voz *escarro* podría estar motivado, muy posiblemente, por el carácter disfemístico que le adjudican la totalidad de las informantes que la conocen. En efecto, al ser una voz disfemística, la reducción de su uso, en el modo en que ya ha quedado expuesta en este trabajo, podría haber provocado un consiguiente desconocimiento, lo que, al mismo tiempo, justificaría el que sea desconocida precisamente por los informantes de la generación más joven.

**CECEOSO.**- Como se ha advertido en otras comunidades de habla canaria (*TLEC s.v. ceceoso*), hacia la voz *ceceoso* parecen existir en Arrecife creencias muy diversas que permiten definirla tanto como un eufemismo como un disfemismo, si bien es cierto que, como ya se ha señalado en este trabajo, muchas de las unidades definidas como prestigiosas por las informantes durante la encuesta son, en realidad, consideradas como neutras para la mayoría de la comunidad, pero que se estiman eufemísticas cuando se comparan con un disfemismo. A este respecto, citaba palabras como *ingle*, *bizco*, *zurdo*, *ceceoso* y *gafas* cuando se comparan con los disfemismos *verija*, (*de ojos*) *cambados*, *cañoto*, *gangoso* y *espeuelos*, respectivamente.

En cualquier caso, debe tenerse en cuenta que tanto el carácter eufemístico como disfemístico de una voz, según lo descrito en epígrafes anteriores para la comunidad aquí objeto de estudio, puede ser responsable de la reducción de sus frecuencias de uso en tanto que causante de cierta especialización contextual (en contextos formales y con conocidos en el primer caso, y en contextos informales y con desconocidos en el segundo).

#### 4. CONCLUSIONES

1. El porcentaje de conocimiento del léxico fue bastante alto, pues alcanzó el 88,7% del corpus total de voces. Por el contrario, el grado de uso del léxico conocido resultó mucho más bajo: 65, 6%.

2. Las diferencias en el conocimiento y uso del léxico según la pertenencia de las hablantes a los grupos sociales considerados resultaron en muchos casos significativas, lo que demostró la inexistencia de cierto consenso a la hora de decidir qué unidades apartar del uso.

2.1. Aunque el porcentaje de unidades léxicas conocidas disminuyó con la edad de las informantes, el uso de las mismas fue similar en todos los grupos etarios, lo que evidenció tanto el retroceso en el empleo del lé-

xico del *ALEICan* como su homogénea distribución actual entre las hablantes de distintas edades.

2.2. En lo concerniente a la distribución del uso del léxico entre las informantes según las variables «estrato social» y «nivel de estudios», se observó una mayor inhibición del mismo en los grupos de mayor prestigio y estatus social (estratos alto y medio, y altos niveles de estudio), lo que reveló la existencia de un prestigio abierto de las variantes ligadas a los grupos sociales más altos y, por consiguiente, la presión social por evitar el uso de las que ellos no emplean.

3. La dinámica de uso del léxico conocido en función del contexto de situación reveló la no funcionalidad del mismo en las situaciones transaccionales de habla (*i.e.* en intercambios comunicativos formales y/o con desconocidos), lo que entró en solidaria relación con la distribución por grupos sociales del mismo, y, de manera semejante, pudo enunciarse como una de las causas en el retroceso de su empleo. Asimismo, destacó el hecho de que buena parte del léxico se definiese en exclusividad como propio de las situaciones informales y de los encuentros con desconocidos, así como el hecho de que se usase ampliamente, ya que, como se ha advertido en numerosos trabajos sociolingüísticos, la mayor especialización contextual de las voces provoca una mayor inseguridad lingüística en los hablantes y, paralelamente, le confiere una escasa rentabilidad comunicativa que motiva una reducción de sus frecuencias.

4. La observación de las creencias y actitudes desarrolladas hacia el léxico aquí estudiado permitió esclarecer las causas del comportamiento hasta ahora descrito. En concreto, la unidades consideradas disfemísticas se revelaron como las menos practicadas por los grupos sociales altos, a la vez que presentaron una mayor restricción de uso en los contextos transaccionales, lo que, evidentemente, incide tanto sobre la ya aludida presión social por evitar el uso del léxico en general como sobre su también mencionada especialización contextual.

5. La división del léxico por áreas nocionales permitió entender de modo mucho más explícito cómo el cambio en la concepción del mundo, de la vida y de las relaciones personales en las últimas décadas ha provocado cierto grado de desconocimiento y/o desuso en el léxico de la iglesia, de la familia y el ciclo de la vida, respectivamente.

6. En definitiva, se ha constatado la íntima relación existente entre los usos lingüísticos de los que participan los hablantes de la comunidad y los patrones sociohistóricos que caracterizan a la misma.

## 5. BIBLIOGRAFÍA CITADA

- ABD-EL-JAWAD, H. R. (1987). Cross dialectal variation in Arabic: competing prestigious forms. *Language in Society* 16: 359-368.
- AITCHISON, J. (1991/1993). *El cambio en las lenguas: ¿progreso o decadencia?* Barcelona: Ariel Lingüística.
- ALBA, O. (1990a). *Estudios sobre el español dominicano*. Santiago de los Caballeros: Pontificia Universidad Católica Madre y Maestra.
- ALBA, O. (1990b). Vigencia y significación sociolingüística de los marinerismos en el español dominicano de Santiago. En Alba 1990a, pp. 75-90.
- ALLAN, K. y K. BURRIDGE (1991). *Euphemism & dysphemism: language used as shield and weapon*. Oxford: Oxford University Press.
- ALMEIDA, M. (1994). Creencias y actitudes lingüísticas en el español canario. *Anuario de Lingüística Hispánica X*: 9-23.
- ALMEIDA, M. (1996). Índices de mortandad léxica en el español canario. En Arjona Iglesias, López Chávez, Enríquez Ovando, López Lara y Novella Gómez, eds., 1996.
- ALMEIDA, M. (2000). Lengua, sociedad y cultura en una comunidad canaria. *Anuario del Instituto de Estudios Canarios XLV*: 205-227.
- ALMEIDA, M. (2003). *Sociolingüística*. La Laguna. Servicio de Publicaciones de la Universidad de La Laguna. (segunda edición corregida y aumentada).
- ALMEIDA, M. y C. PÉREZ VIDAL (1995-96). Variación socioestilística del léxico: un estudio contrastivo. *Homenaje a Rodolfo Oroz. BFUCh XXXV*: 49-65.
- ALMEIDA, M. y C. PÉREZ VIDAL (1996). Mortandad léxica en el español canario. *Anuario de Lingüística Hispánica. Studia Hispanica in Honorem Germán de Granda XII*: 883-7.
- ALVAR, M. (1963). Proyecto del ALEICan. *Revista de Filología Española XLVI*: 315-28.
- ALVAR, M. (1975-1978). *Atlas Lingüístico y Etnográfico de las Islas Canarias*. Las Palmas de Gran Canaria: Cabildo Insular de Gran Canaria.
- BLOM, J.P. y J.J. GUMPERZ (1972/2000). *El significado social en la estructura lingüística: la alternancia de códigos en Noruega*. En Lastra, Y. (comp.), pp. 131-166.
- BORREGO NIETO, J. (1981). *Sociolingüística rural. Investigación en Villadepera de Sayago*. Salamanca: Universidad de Salamanca.
- BOUDON, R y F. BOURRICAUD (eds.), (1989). *A Critical Dictionary of Sociology*. Chicago: Chicago University Press.
- BOURDIEU, P. (1985). *¿Qué significa hablar? Economía de los intercambios lingüísticos*. Madrid: Akal.
- CASAS, M. (1986). *La interdicción lingüística. Mecanismos del eufemismo y disfemismo*. Cádiz: Servicio de Publicaciones de la Universidad de Cádiz.
- CHAMBERS, J. K. (1995). *Sociolinguistic theory*. Oxford: Blackwell.
- CONVERSE, J. M. y S. PRESSER (1994). Survey questions: handcrafting the standardized questionnaire. En LEWIS-BECK, M. S., comp., 1996, pp. 89-162.

- COUPLAND, N. (2001). Language, situation, and the relational self: theorizing dialect-style in sociolinguistics. En Eckert, P. y J. R. Rickford, 2001, cap. 1, pp. 185-210.
- DHECan: CORRALES, C. y D. CORBELLA (2001). *Diccionario histórico del español de Canarias*. La Laguna: Instituto de Estudios Canarios.
- DITTMAR, N. y B. SCHLIEBEN-LANGE (eds.), (1982). *Die Soziolinguistik in Romanischsprachigen Ländern*. Tübingen: Gunter Narr Verlag.
- ECKERT, P. y J.R. RICKFORD (2001), (eds.) *Style and sociolinguistic variation*. Cambridge: Cambridge University Press.
- ETXEBARRIA, M. (1995). *Sociolingüística urbana. El habla de Bilbao*. Salamanca: Universidad de Salamanca/Universidad de Deusto.
- FIGUEROA, E. (1994). *Sociolinguistic metatheory*. Oxford: Pergamon.
- FISHBEIN, M. y I. AJZEN (1975). *Belief, attitude, intention and behavior: An introduction to theory and research*. Reading, MA: Addison-Wesley.
- GUMPERZ, J. (1972/1974). Sociolinguistics in small groups. En Pride y Holmes, eds., 1972/1974, 203-224.
- GUMPERZ, J. y D. HYMES (eds.), (1964). *Directions in Sociolinguistics*. Nueva York: Holt, Rinehart y Winston.
- HELLER, M. S. (1982/2000). *La lengua en Montreal*. En Lastra, Y. (comp.), pp. 117-128.
- KATZ, D. (1960). *The functional approach to the study of attitudes*. Public Opinion Quarterly 24: 163-204.
- LABOV, W. (1966/1982). *The social stratification of English in New York City*. Washington: Centre for Applied Linguistics.
- LABOV, W. (1990). The intersection of sex and social class in the course of linguistic change. *Language Variation and Change* 2: 205-254.
- LASTRA, Y. (comp.), (2000). *Estudios de sociolingüística*. México: Universidad Autónoma de México.
- LAVANDERA, B. (1977). Inferencia y referencia en la teoría del lenguaje. *Vicus. Lingüística* 1: 171-182.
- LAVANDERA, B. (1978). Where does the sociolinguistic variable stop? *Language in Society* 7: 117-138.
- LAVANDERA, B. (1979). Análisis semántico de la variación en tiempos verbales: oraciones condicionales del español. *Anuario de Letras* XVII: 113-136.
- LAVANDERA, B. (1982). Le principe de réinterprétation dans la théorie de la variation. En Dittmar y Schliebeng-Lange, eds., 1982. 87-95.
- LAVANDERA, B. (1984). *Variación y significado*. Buenos Aires: Hachette.
- LEHMAN, W. P., y Y. MALKIEL (1968). *Directions for Historical Linguistics*. Austin: University of Texas.
- LEWIS-BECK, M. S. (comp.), (1996). *Research Practice*. California: Sage.
- LÓPEZ MORALES, H. (1983). *Estratificación social del español de San Juan de Puerto Rico*. México: Universidad Nacional Autónoma de México.
- LÓPEZ MORALES, H. (1988). Índices de mortandad léxica en Puerto Rico: afronegrismos. *Nueva Revista de Filología Hispánica* XXXVI: 733-751.

- LÓPEZ MORALES, H. (1989). Índices de mortandad léxica en Puerto Rico: el Proyecto Malaret. *Asomante* 1-2: 101-112.
- MACAULAY, R. K. (1976). Review of Trudgill, P. (1974). *The social differentiation of English in Norwich*. *Language* 52: 266-270.
- MILLARES CUBAS, A. (1932). *Cómo hablan los canarios*. Las Palmas de Gran Canaria.
- MILROY, J. (1992). *Linguistic variation and change: on the historical Sociolinguistics of English*. Oxford: Blackwell.
- MORENO, F. (1996). Metodología del Proyecto para el estudio sociolingüístico del español de España y de América. *Lingüística* 8: 257-87.
- MORERA, M. (1986). Grandeza y miseria del acervo léxico regional. *Gaceta de Canarias*. *Revista trimestral de información cultural* 12: 53-66.
- MORERA, M. y G. ORTEGA (1983). El ocaso del léxico canario. *Gaceta de Canarias*. *Revista trimestral de información cultural* 7: 49-51.
- NAVARRO, M. (1996). Vitalidad de algunas unidades léxicas en el habla de Valencia. *Boletín de Lingüística (Instituto de Filología Andrés Bello)* 11: 15-35.
- ORTEGA, G. (1994). Competencia léxica pasiva y dialectología canaria. *Actas del I Congreso Diálogo Fe-Cultura. Iberoamérica y Canarias*, 213-221. [recogido en ORTEGA, G. y GONZÁLEZ, M. I. (2002), pp. 129-141].
- ORTEGA, G. y GONZÁLEZ, M. I. (2002). Génesis del vocabulario canario y competencia léxica de los hablantes insulares. En ORTEGA, G. y GONZÁLEZ, M. I. (2002), pp. 13-40.
- ORTEGA, G. y GONZÁLEZ, M. I. (2002). *La competencia léxica de los hablantes canarios*. Tenerife: Academia Canaria de la Lengua.
- OSKAMP, S. (1977/1991). *Attitudes and opinions*. Nueva Jersey: Prentice Hall.
- REQUENA SANTOS, F. A. y M. ÁVILA MUÑOZ (2002). Redes sociales y sociolingüística. *Estudios de Sociolingüística* 3, 1: 71-90.
- REYES MARTÍN, J. (1918). *Serie de barbarismos, solecismos, aldeanismos y provincialismos que se refieren especialmente al vulgo tinerfeño, coleccionados y traducidos al lenguaje corriente con notas explicativas y comprobativas*. Santa Cruz de Tenerife.
- RODRÍGUEZ, Z. (2004). Desconocimiento y desuso del léxico en el español de Arrecife (Lanzarote). Vida local y valores tradicionales. En *Actas de las XI Jornadas de Estudios sobre Fuerteventura y Lanzarote*.
- SANKOFF, D. (1978), (ed.). *Linguistic variation: models and methods*. Nueva York: Academic Press.
- SANKOFF, D. y S. LABERGE (1978). The linguistic market and the statistical explanation of variability. En D. Sankoff, ed., 1978, pp. 239-250.
- SHEREZER, J. y R. DARNELL (1978/2000). Guía resumida para el estudio etnográfico del uso del habla. En Lastra, Y. (comp.) (2000), pp. 63-73.
- SIGLEY, R. (2003). The importance of interaction effects. *Language Variation and Change* 15: 227-253.
- SMITH, E. R. y D. M. MACKIE (1995/1997). *Psicología Social*. Madrid: Editorial médica panamericana.

- SUDMAN, S. y N.M. BRADBURN. (1987). *Asking questions*. San Francisco: Jossey Bass.
- SZTOMPKA, P. (1993/2002). *Sociología del cambio social*. Madrid: Alianza.
- TLEC: CORRALES, C., CORBELLA, D. y M.A. ÁLVAREZ (1992/1996). *Tesoro lexicográfico del español de Canarias*. Madrid-Canarias: Real Academia Española y Consejería de Educación, Cultura y Deportes del Gobierno de Canarias.
- WEINRICH, U., W. LABOV y M. I. HERZOG (1968). Empirical foundations for a theory of language change. En Lehman y Malkiel, eds, 1968. 95-195.